

*ad narrandum, non ad probandum*; esta divisa de uno de los precursores podría ser también la de muchos historiadores de fines de siglo. Pero contar por contar no le basta al mayor número: el cuento, que no era tal, debía ir acompañado de su moralidad. Hubo pues dos corrientes de literatura histórica, la escuela filosófica y la narrativa; una es la escuela de Barante y de Thierry, otra la de Guizot y de Tocqueville. Pero hay que distinguir aún la escuela técnica de Thiers y Henri Martin, la escuela lírica con Michelet y la escuela científica con F. de Coulanges y su laboriosa descendencia. Y ¿en dónde colocaremos á Quinet y á Renan?

En 1815, se muestra abundante la miés. Antes no hubo más que dos ó tres obras considerables, pero se echa de ver una orientación cada vez más neta. Una revista, *le Magasin encyclopédique*, los hermosos grabados de *Antiquités romaines*, el Museo de los monumentos franceses, atestiguan que hay aficionados, y los catorce volúmenes del fácil y honrado Anquetil (*Histoire de France*) ó los del censor imperial Lemontey prueban que hay lectores. Pero hay más en esta aurora de los tiempos nuevos de la historia, hay *el Genio del Cristianismo* y *los Mártires* de Chateaubriand (ya he señalado antes *les Etudes historiques*, *les Mélanges littéraires* etc.) de que hablamos en otro lugar, libros impregnados en el espíritu de la vieja Francia católica y monárquica y cuya lectura inspiró el joven Agustín Thierry, que estaba aún estudiando, al mismo tiempo que el modesto aprendiz Michelet soñaba en los museos. Debemos fijarnos en dos nombres, los de Michaud y Sismondi.

El saboyano Michaud, nacido en 1767, fué primero periodista antirrevolucionario y nada imparcial. Una circunstancia casual, un prefacio que tuvo que escribir para una novela de la época de las cruzadas, le reveló al mismo tiempo su propia vocación y un vasto asunto para narraciones, no explotado. Su historia de las cruzadas, cuyo primer volumen, en que se sentía la influencia del *Genio* de Chateaubriand, apareció en 1808 y no tardó en tener seis.

Michaud respeta en su obra la grandeza y la verdad del asunto. Ha sabido decir antes que ningún otro, que las cruzadas no fueron siempre piadosas peregrinaciones y lo ha dicho sin disminuir el heroísmo de aquellas épicas aventuras. Su lenguaje es sencillo, grave y fácil. Además es concienzudo y exacto. Ha sido el primero que ha compulsado las fuentes francesas y extranjeras examinado documentos, y buscado con vivo interés noticias de primera mano. Por último no se ha mostrado inferior á la psicología ni á la moralidad del asunto; léanse las páginas en que describe el entusiasmo de los cruzados ó indica los resultados y consecuencias de la primera y cuarta cruzadas. Como en esta excelente y sana historia se ha mostrado Michaud falto de color y de profundidad, no se le ha colocado entre nuestros grandes historia-

## CAPÍTULO XI

## HISTORIA

1800-1815. — Michaud, Sismondi. — Después de 1815. — De Barante. — Agustín Thierry. — Guizot. — Thiers.

MICHELET. — Su vida y sus obras. Historia. Historia social. Historia natural. El poeta de la bondad. — Mignet. — Lamartine. — Louis Blanc. — Henri Martin. — Edgard Quinet. — A. de Tocqueville. — Victor Duruy.

RENAN. — El hombre. El escritor. El profesor. El espíritu de Renan.

HIPPOLYTE TAINÉ. — Su vida. Sus obras. Su carácter.

FUSTEL DE COULANGES. — Historiadores recientes. — Memorias y correspondencias.

— La vida moderna y los géneros literarios. — Los dos Ampère. — Eugénie et Maurice de Guérin. — La Sra. Swetchine, Doudan, la Sra. Cavaignac. — La Sra. de Rémusat. — Pasquier, Beugnot, Chaptal.

Memorias militares. El sargento Fricasse. — El capitán Coignet. — Seruzier, Thiébauld, Marbot, etc., etc.

El renacimiento histórico en Francia, en el siglo XIX — porque es un verdadero renacimiento, por haber sido siempre muy estimada la historia en la patria de las canciones de gesta — empezó y se mantuvo gracias á todas las causas que han producido la actividad moral de este siglo. Calmada la crisis revolucionaria, el espectáculo de una amplia ruptura con el antiguo régimen inspiró con más viveza que ninguna otra generación el sentimiento casi cándido de conocer mejor « lo que existía antes ».

La guerra despertó al mismo tiempo el patriotismo y el deseo de conocer mejor á esta nación que exigía tantos sacrificios y que recobraba su misión secular de iniciadora á la faz de los pueblos seducidos y de los reyes intranquilos.

Las grandes publicaciones de textos, los primeros ensayos, en todas las artes, de un romanticismo poco consciente, llamaron y alimentaron la curiosidad. La novela galorromana de Chateaubriand, las de Walter Scott, las *Memorias* del duque de Saint-Simon, psicológicas y escritas de cualquier modo, sugerían ya el color, ya el tono, ya el sentimiento, ya el movimiento.

La política, en que casi todos nuestros historiadores tomaron parte, ó examinaron de cerca, los retuvo por medio de la historia, cuando abandonaron el periodismo ó la tribuna.

Más generalmente la historia se ha escrito para contar; *scribitur*

dores. Tal vez es uno de los padres del romanticismo y seguramente es el iniciador del orientalismo romántico.

Hablamos aquí de Sismondi, aunque su principal título para la celebridad sea su *Histoire des Français* empezada bajo la Restauración. Su primer libro importante data de 1807; pero sobre todo fué un maestro para muchos de sus contemporáneos y para toda la pléyade de historiadores de la generación siguiente. — Mignet conviene en ello. Guizot tiene en ese protestante ginebrino un modelo completo y, coincidencia más particular, es nuestro siglo xv el que le ha sugerido sus mejores páginas como á Michelet y á de Barante.

Sismondi nació en 1777 de una familia en que desde hacía tres siglos se transmitían la herencia de ideas liberales y de recuerdos de destierro sufrido por dichas ideas. Él mismo se vió varias veces perseguido y hostigado: profesor de economía política, dió su *Historia de las Repúblicas italianas* (1807) y su vasta *Histoire des Français* alternando con diversos tratados de dicha ciencia. Lo mismo en la primera que en la segunda de dichas obras resolvió la dificultad de desenmarañar asuntos confusos, materias complejas y sincronismos múltiples que lograba reunir su punto de vista simplificador<sup>1</sup>.

Puede ya decirse de éste primero de nuestros historiadores filósofos que «su obra es el honor de una vida». Su noble espíritu, su conciencia recta é igualmente escrupulosa han logrado fijar, gracias á una labor inmensa, la regla, que ha de prevalecer pronto en la historia, de determinar todo por medio del razonamiento, de evocar los grandes problemas y de concentrar las soluciones de detalle.

Pero sólo es moderno por el saber y el patriotismo, y no por su arte en hacer revivir el pasado. Es un historiador de transición. Se coloca, como ha dicho Mignet, «entre la escuela del siglo xviii cuyos principios generosos ha seguido, sin adoptar su burlona ligereza, y la de nuestros días, cuya ciencia posee sin tener toda la libertad de espíritu».

De 1815 á 1830 fué la era fecunda. Las dos grandes escuelas se manifiestan con el poder del genio. Es la época de las grandes obras de Guizot, de las primeras obras maestras de Agustín Thierry y del excelente modelo propuesto por Barante. Sin embargo, estos monumentos se erigieron en medio de las polémicas contrarrevolucionarias, doctrinarias y liberales de 1820. Es más sus autores se asociaron á ellas en el periódico y en la cátedra. En seguida, mientras se sucedían los volúmenes ó las lecciones de Barante, Guizot y Thierry, se revelaban émulos más jóvenes, ya en el libro, ya en la cátedra: tales fueron Thiers, Mignet y Michelet, historiadores de la Revolución. Márcanse nuevas tendencias, ya por éstos, ya por otros, se forman las grandes

1. Sismondi escribió también una *Historia de las literaturas del Mediodía*, poco original (1813). Para lo relativo á España y Portugal casi copió á Bouterweck. (N. del T.)

colecciones, se organizan los museos y las escuelas y, mientras el triunvirato de la Sorbona exalta á la juventud de las escuelas acerca de los intereses de la época presente. Asia, Egipto y la antigua Francia excitan vivo interés y se va descubriendo, casi tanto como en otro tiempo, á Grecia y Roma; se escribe además la historia de las literaturas y de la filosofía. Sin embargo, Barante, Thierry y Guizot pueden bastar para personificar esta segunda época; pues los otros nombres que ya eran famosos por entonces, debían adquirir en lo sucesivo más sólida gloria.

El barón de Barante, nacido en 1782, en Riom en Auvernia, descendiente de escritores é hijo de un prefecto de Napoléon, se vió investido, después del primer imperio y hasta su retiro en 1848, de funciones públicas: auditor en el Consejo de Estado, prefecto, consejero de Estado, diputado, director de contribuciones indirectas, par de Francia y embajador. Le preocuparon siempre los trabajos históricos, sobre todo cuando decidió tomar un laborioso retiro, y su gran *Historia de los duques de Borgoña de la casa de Valois* en 13 volúmenes, cuya primera edición data de 1824, se ha visto perfeccionada sin cesar.

Barante leyó directamente todas las crónicas, todas las memorias relativas á su asunto, é hizo una selección, no dando siempre la preferencia á las más extraordinarias, y unió entre sí estos relatos primitivos con una redacción seguida y de tono discreto. Son testigos oculares y á veces vulgares los que hablan en estos numerosos volúmenes, con la clara y á veces vigorosa visión de las cosas mismas; en este dominio histórico predomina la imaginación reproductora. La época escogida es precisamente la de nuestra historia en que el traje ú el color local parecen ofrecer el efecto más especial y pintoresco.

Encantado con los relatos contemporáneos, he creído, dice el autor, que no era imposible reproducir las impresiones que había experimentado y la significación que he hallado en las mismas. He procurado restituir á la historia misma el atractivo que de ella ha tomado la novela histórica.

Es nuestro Walter Scott, pero un Walter Scott que halla en la realidad bastante movimiento y brillo para no inventar ni agregar nada; no es una tarea siempre fácil la de esquivarse de esta suerte detrás de sus testigos, sobre todo cuando se escribe en un período de crisis política. Es la gran virtud de Barante. Libro por libro, se citarían narraciones que son maravillas de sencillez y de clarividencia, de poesía y de buen sentido. Indiquemos por lo menos: el relato de los parisienses saliendo al encuentro de Carlos VI después de la batalla de Roosebeck<sup>1</sup>; la entrada

1. Al éxito de esta batalla contribuyó con sus valiosos consejos nuestro célebre cronista Pero López de Ayala, embajador de Castilla en Francia, que fué recompensado con notables mercedes por el monarca francés. (N. del T.)

en París de la reina Isabel, la muerte de Felipe el Atrevido, y el pacto entre los carniceros de París y el duque de Borgoña. La inspiración directa y vivificante del autor se echa de ver en su obra más personal, en los retratos; parece que sus retratos de Felipe VI, del Temerario y de Luis XI, son también obra de cronistas ó de pintores de la época.

Por la fecha y por la iniciativa, sería el jefe de la escuela pintoresca y narrativa, si no existiese otro que le aventajaba por el genio. Este otro es Agustin Thierry.

Nació en Blois, el 10 de mayo de 1795, de familia pobre. Su precoz inteligencia le valió el favor de una educación completa en el colegio universitario de su ciudad natal, donde se distinguió. Creció en medio de las emociones inauditas de aquella época. Leyó en el colegio *los Mártires* de Chateaubriand con un entusiasmo que no olvidó jamás.

En 1810, refiere treinta años después, acababa mis estudios en el colegio de Blois, cuando cayó en mis manos un ejemplar de *los Mártires* que circuló en el colegio. Fué un gran acontecimiento para aquellos de nosotros que sentíamos ya la afición á lo bello y la admiración por la gloria. Nos disputábamos el libro y se convino en que cada uno lo tendría por su turno; tocóme el mío un día de asueto, á la hora del paseo. Fingí que me había hecho daño en un pie y me quedé solo en la casa... Á medida que se iba desarrollando á mi vista el contraste tan dramático entre el guerrero salvaje y el soldado civilizado, me sentía cada vez más conmovido; la impresión que causó en mí el canto de guerra de los francos tenía algo de eléctrico. Me levanté del sitio que ocupaba, y recorriendo de un extremo á otro la sala, repetía en voz alta y haciendo resonar mis pasos en el pavimento: « ¡Faramundo! ¡Faramundo! ¡Hemos combatido con la espada! » Este momento de entusiasmo fué tal vez decisivo para mi vocación futura.

Pudo familiarizarse con los seres de aquel castillo real que domina á Blois y evoca tiempos muy singulares.

Con el agradecimiento de un niño pobre pero de buen corazón, adoptó en un principio la profesión á la que debía su propia elevación intelectual, le enseñanza, pero no era ésta su vocación. Tampoco lo era el periodismo en que probó sus fuerzas á los veinte años. Escribió en el *Censor europeo*, gaceta grave y liberal. Salió de allí y entró en el *Courrier français*, otra publicación liberal, pero fué despedido á causa de lo atrevido de sus opiniones. Por aquella época se había hecho, sino san-simoniano, por lo menos secretario del célebre novador socialista, de quien también se proclamaba, en tono de broma, hijo adoptivo; publicó con él diversas obras con títulos extraños. Augustin Thierry buscaba su camino.

Sus facultades le orientaban en distintas direcciones. Tenía imaginación viva y corazón ardiente. Pero sus tendencias eran filosóficas y sistemáticas. Bajo la Restauración fué orleanista, y, entre los orlea-

nistas, fué « pueblo ». Frecuentó á A. Comte, pero leía á W. Scott. ¿Escribiría novelas? ¿Haría dramas? La lectura de Michaud le había sugerido ya artículos de periódicos en que emitió sus ideas acerca de la necesidad de reformar la ciencia y el arte históricos. Fulminó contra Velly y Anquetil. Demostró que poseía el sentido de las resurrecciones históricas, la inteligencia y el amor del trabajo exacto, la imaginación épica y la simpatía por los pobres de otras épocas. En sus artículos expone hipótesis, intuiciones, claridades de escritor tan idealista como realista. ¿Soñó acaso entonces en realizar la obra de un Homero ó de un Herodoto? Es cierto que soñó con escribir en estilo épico pero sentía una pasión que se lo impedía: la pasión de los detalles precisos. De 1817 á 1827 compuso sucesivamente unos estudios reunidos más tarde bajo el título *Dix ans d'études historiques*. Al darlos á luz en 1834, les agregó un prefacio que es una verdadera autobiografía, una historia de su pensamiento y de sus libros hasta esta fecha. En este prefacio se encuentran esas hermosas páginas tan sinceras, tan dignas de su celebridad acerca de la consagración á la ciencia y de sus éxtasis en las bibliotecas ante las resurrecciones del pasado.

Al mismo tiempo, publicó en el *Courrier français* algunas de sus cartas sobre la *Historia de Francia*. Al llegar á la décima, en 1821, quejaronse algunos suscriptores alegando que eran demasiado sabias y se suplicó al autor que cambiase de asunto. Respondió Thierry que había hecho voto de no volver á escribir más que sobre asuntos históricos. Había oído su vocación y la siguió sin vacilar. En 1827 pudo reunir en volumen sus veinticinco *Cartas sobre la Historia de Francia*. Allí hay que buscar principalmente su manifiesto y el programa explícito de su método, y hay que convenir en que se encuentran otras muchas cosas. Echó pues sus primeras miradas — ¡por desgracia las últimas! — á las primitivas fuentes históricas de donde se originó para él la revelación de la historia, que debe ser un análisis de textos y una investigación de archivos. En cuanto á la forma de la exposición, Thierry la define así: « Aliar mediante una especie de trabajo mixto, al movimiento ampliamente épico de los historiadores épicos y romanos la candidez de color de las leyendas y la razón severa de los escritores modernos. » Hay que hacer algo parecido á la vida, y hay que amar suficientemente á su patria para buscar y hallar su vivo parecido; hay también que amarla suficientemente para hallar igualmente, en su imagen pura y verdadera, consuelo entre las impacencias y las lasitudes. Todas las generosas pasiones de Thierry iban á fundirse en su patriotismo valientemente cívico y rural. En el fondo, lo que buscó en los pergaminos y lo que quiso mostrar cuando agotó sus fuerzas para dar vida al conjunto de sus notas, fueron los títulos de nobleza del tercer estado francés.

El mismo nos ha referido, en páginas que nadie ha olvidado, sus largos viajes de descubrimiento á través del siglo undécimo; sus sesiones de ocho horas en las galerías glaciales de la biblioteca Richelieu; en lo más fuerte del verano, en la atmósfera canicular del Arsenal, de Santa Genoveva y del Instituto. Inclinado sobre aquellos pedazos de papel y de pergamino ennegrecidos por el polvo, va escudriñando los documentos, las crónicas, los manuscritos, las leyendas; escucha los cantos de los bardos, los gritos de desesperación de los vencidos; reúne pieza por pieza, miembro por miembro todos aquellos muertos reducidos á polvo y, al cabo de largos años de permanencia en el reino de las sombras, sale de allí con la vista perdida, pero con un libro en la mano, un libro que es á la vez una historia y un poema: *la Conquista de Inglaterra por los Normandos*. (E. Legouvé.)

El primero que apareció de estos libros históricos data de 1825: *la Historia de la Conquista de la Inglaterra por los Normandos* en cuatro volúmenes. «; Libro sorprendente!» se ha dicho. Hubiera sido el último de su autor si éste no hubiera poseído tan ardiente entusiasmo. En 1826, se apagaron sus ojos cuyas adivinaciones ha cantado en cierta manera. Ocurría esto en el momento en que acababa de hacer con Mignet un proyecto de asociación para una empresa más vasta de extractos y de investigación de memorias y crónicas. Thierry no se desalentó, hizo, como dice sencillamente, amistad con las tinieblas y rodeado de secretarios, continuó su obra. La Academia de Inscripciones y Bellas Letras le acogió en su seno y le consiguió una pensión del rey Carlos X. En 1830, Agustin Thierry fué á unirse en Vesoul con su hermano Amadeo prefecto de la Haute-Saône. El viajero trabajaba por el camino, haciéndose describir los lugares y los monumentos que anotó y clasificó en el maravilloso repertorio de su memoria. En Vesoul se casó con la Srta. de Guérangal, que fué la colaboradora de sus investigaciones y de sus composiciones, al mismo tiempo que publicaba sus propios ensayos morales y literarios.

En 1833, empieza á aparecer en la *Revista des Ambos Mundos* el libro que constituye la obra maestra de su autor, *les Récits des temps mérovingiens* reunidos con este título en 1840. Estos relatos se refieren todos á los hijos de Clotario I, y sobre todo á Fredegunda. Este libro dictado es el más perfecto y acabado de nuestro historiador á quien se llamó desde entonces el Homero de la Historia.

Vuelto á París en 1834, Thierry fué encargado en 1835 por el duque de Orléans, hijo de Luis Felipe, de administrar la Biblioteca del Palais Royal. En 1836, el ministro Guizot le confió la dirección de la publicación de *Documenents relatifs á l'histoire du Tiers Etat*. Para este gran trabajo tuvo que tomar auxiliares: fueron principalmente Bourquelot, Charles Louandre, Ludovic Lalanne y Bordier. La lucidez de su espíritu era mayor que nunca. La gloria coronó su obra: trabajó rodeado por la admiración que regocijó y rejuveneció sus fuerzas.

En 1840, publicó *Considérations sur l'Histoire de France* escritas desde 1838. Es una apología de la revolución de 1830, considerada en cierta manera como el punto de parada lógico y legítimo de toda la historia de Francia. La Academia Francesa votó á Thierry el gran premio Gobert en 1841 y se lo mantuvo todos los años hasta su muerte<sup>1</sup>. Viudo en 1844, el sabio buscó consuelo en el trabajo de las letras y en el arte.

En 1850 unió al primer volumen de documentos sobre el tercer estado, su *Essai sur l'histoire de la formation et des progrès du Tiers Etat*. Quedábanle aún seis años de vida. No dictó ningún libro nuevo, revisó sus obras impresas preparó nuevas ediciones á cual más cuidadas y más completas, á veces enteramente refundidas y siempre sumamente escrupulosas:

Hasta en este periodo, refiere F. - T. Perrin, el único en que tuvo el honor de tratarle, mostrábase su alma de artista admiradora de lo bello en todas sus formas. Vivía solo en su hogar desierto. Todas las noches, á eso de las nueve, dos criados le bajaban y le depositaban negligentemente, pues sabían que su pobre cuerpo estaba insensible, en dos sillones en su salón, donde le esperaban algunos amigos, entre otros Ernesto Renan, F. Bourquelot, Charles Louandre y el que escribe estas líneas. Hablaba de historia, y luego se escuchaba con respeto una sonata de Mozart ó de Beethoven ejecutada por excelentes músicos.

El último día de su vida, se hizo todavía leer por su criado un pasaje que le inspiraba dudas é indicó algunas correcciones. Este último día fué el 22 de mayo de 1856.

Se lee siempre á Thierry. ¿Por qué? Manos mejor preparadas han derramado después una luz más segura y una ciencia más exacta sobre las dificultades de nuestra historia. Tal vez se recurre á él como á los poetas, á los trágicos y á los novelistas, pero también pensando que se volverá á ver en sus obras lo real y lo bueno, que se instruirá uno distrayéndose noblemente lo cual no constituye un éxito mediano. Thierry fué un romántico y á veces un novelador, pero es filósofo á fuerza de ser representativo. Creyó demasiado en la lucha de las razas y, á pesar suyo, estuvo á punto de caer en el simbolismo que condenó en otros; pero su elevado espíritu ó mejor dicho su Musa, jamás faltó al espiritualismo de su juventud jamás tomó visos de amargura la piedad que consagraba al pueblo humilde, y hasta á las mujeres de la historia de Francia, á pesar de las revoluciones de su tiempo y de las tristezas de su vida. Este noble bardo del tercer estado sigue siendo entre nosotros, en punto á historia el Padre más bien que el Maestro, y los más laboriosos, lo

1. En España, olvidadas las buenas tradiciones del siglo XVI por los gobiernos, nadie pensó en alentar los estudios históricos. La historia de Lafuente no es más que un embrión; la particular de Conde, una novela. Se han realizado algunos trabajos meritorios, y Cánovas, que pudo ser nuestro gran historiador, se dejó acaparar y absorber por la política. (N. del T.)

mismo que los más sensibles procuran hacer pasar á sus trabajos sólidos ó sugestivos su corazón y su alma. Sus discípulos no son únicamente Amadeo Thierry su hermano, ó Fauriel, sino H. Martin y Renan y, gracias á un extraordinario retorno de la influencia del genio, es el autor de los *Mártires*, es Chateaubriand escribiendo sus *Memorias de Ultratumba*.

Ciertas semejanzas entre Thierry y Guizot no son más que coincidencias. Entre ellos es completo el contraste. Sin embargo, Thierry, contemporáneo de toda la obra histórica militante de Guizot, la comprendió y juzgó con mucha claridad.

Sus trabajos han llegado á ser el fundamento más sólido y el espejo más fiel de la ciencia moderna en lo que tiene de seguro é invariable. Antes de él, á excepción únicamente de Montesquieu, no había más que sistemas. De él data la era de la ciencia propiamente dicha.

La vida de Guizot fué larga y su obra inmensa. Nació en Nimes en 1787 de una antigua familia de togados protestantes. En 1794, murió su padre en el cadalso, víctima del Terror. Algunos meses después, una noche, la madre del joven Francisco le llamó juntamente con su hermano y en el terrado de su casa se arrodillaron los tres para dar gracias á Dios: acababa de saberse en Nimes la caída de Robespierre. Sin embargo toda la familia se expatrió á Ginebra. De allí vino á París el futuro hombre público en 1805, para estudiar derecho. Como sus estudios no bastaban ya á su energía para el trabajo, se entregó á áridas compilaciones como su Diccionario de sinónimos en dos volúmenes, sus ensayos de crítica de arte y de literatura y traducciones del alemán y del inglés.

Sus artículos de periódico le hicieron notable. El salón del Sr. Suard le procuró relaciones donde se dulcificó su juvenil tiesura. El mismo ha declarado que el hábito de frecuentar los salones le enseñó la equidad de espíritu y el respeto de la libertad ajena. ¡ Felices tiempos en que los salones enseñaban la virtud !

La Srta. Pauline de Meulan, habitual folletinista literario y moral del periódico *le Publiciste*, cayó enferma é iba á suspender su colaboración. Un desconocido le ofreció continuar la serie de artículos empezada y ella aceptó. Nadie echó de ver la interinidad. Cuando ésta cesó, el desconocido se dió á conocer á la Srta. de Meulan; era F. Guizot y poco después, sin otro entusiasmo que el del ingenio, se desposaron ambos escritores (9 de abril de 1812). La Sra. Guizot tenía quince años más que su marido. Aquel mismo año el Sr. de Fontanes, rector de la Universidad, nombró á Guizot suplente de una cátedra de historia en la Sorbona. El joven profesor debía tratar de los orígenes de la civilización.

Se encargó de esta tarea pero se negó á hacer en su primera lección el elogio del Emperador.

En la primera Restauración, fué nombrado Guizot secretario general del ministro del Interior y consejero de Estado. Durante los Cien Días fué delegado por los monárquicos constitucionales para presentar la seguridad de su fidelidad al rey Luis XVIII en Gante. En la segunda Restauración, fué secretario general del ministro de la Justicia. En 1820 un cambio de ministerio le hizo volver á sus tareas de la Sorbona. Volvió á ocupar su cátedra el 7 de diciembre. La juventud liberal acudió presurosa para oírle tratar de las instituciones de Francia. Lo hizo conforme al espíritu de la escuela doctrinaria. Su curso fué suspendido en 1822. Guizot empezó entonces dos de sus inmensas publicaciones. De 1823 á 1828, aparecieron sucesivamente los veintiséis volúmenes de la colección de *Memorias relativas á la Revolución de Inglaterra* y los treinta y un volúmenes de *Memorias relativas á la Historia de Francia*.

En 1828, le devolvieron su cátedra. Inmediatamente publicó los cinco volúmenes de sus lecciones sobre la *Historia de la civilización en Europa y en Francia*, los dos volúmenes de su *Historia de la Revolución de Inglaterra* y otros numerosos trabajos sobre asuntos literarios ó políticos, al mismo tiempo que fundaba ó dirigía dos Revistas de historia. Fué un profesor infatigable, apasionado y en sus libros hace gala de la misma energía y del mismo grave ardor.

Guizot era de aspecto seco y frío. Su elevada estatura era rígida y sus modales llenos de tiesura. Su flema, que rayaba en orgullo, hizo llamarle « lord Guizot ». La revolución de 1830 le hizo volver á la política. Durante diez y ocho años ésta le absorbió por completo y le apartó de la historia. No tenemos necesidad de hablar ni de sus ministerios, ni de su embajada en Londres, ni del largo ministerio en que, durante siete años, gobernó casi solo con el rey. Digamos únicamente que no pidió nada al poder que había fundado y al que sirvió tan largo tiempo.

Apenas si, bajo el régimen de julio, halló tiempo para publicar un corto volumen sobre Washington. Pero si no escribió, supo, en las horas que pudo pasar en su hogar, estimular la inspiración de los suyos. La Sra. Guizot, muerta en 1827 dejó, sin hablar de sus artículos, unos diez volúmenes que se leen aún. Su hijo mayor, muerto á los veintidós años, en 1837, había consagrado ya, precisamente á ésta mujer superior el primer ensayo de su talento. La Sra. Elisa Guizot, nacida en 1804, y sobrina de la precedente (se casó en 1828 según el ruego postrero de la difunta y que murió de repente en 1833), dió también pruebas de talento en obras destinadas á la juventud. Sabido es que el segundo hijo de Guizot, Guillermo Guizot, fué profesor en el Colegio de Francia y que su hermana, la Sra. de Witt, ha escrito, en el

mismo género que su madre más aún que la primera mujer de su padre.

Durante esta interrupción de sus trabajos históricos, fué llamado Guizot á la Academia de Ciencias morales y políticas, á la de Inscripciones y Bellas Letras y á la Francesa. La revolución de 1848 le obligó á retirarse para siempre de la política activa, pero no de la teórica.

Al principio de su retiro acabó los seis volúmenes de su *Revolución de Inglaterra*, y durante la crisis de 1848 á 1852, publicó escritos más breves que son, en el fondo, y á pesar de su apariencia de generalizaciones filosóficas, obras de polémica. Apesadumbrado por no haber podido aplicar todas sus ideas, y asustado por los progresos del poder absoluto, procuró justificar sus propios actos y poner sobre aviso á sus conciudadanos. Una vez establecido el Imperio, se consagró más exclusivamente á la historia, ya dando breves relatos de historia inglesa como el *Amor en el matrimonio* (1855), ya redactando las *Memorias para servir á la historia de mi tiempo* (nueve volúmenes), ya publicando cinco volúmenes de discursos pronunciados antes de 1848; y no hablamos de las obras de filosofía religiosa que se sucedieron regularmente á partir de 1861. Todavía dejó manuscritos, cuando murió en 1874, cuatro volúmenes de los más populares de sus escritos, *la Historia de Francia contada á mis nietos*, acabada y publicada más tarde por la Sra. de Witt.

Ciertas circunstancias análogas en las vidas de Thierry y de Guizot no son, según ya dije, sino coincidencias: las fechas de su nacimiento y de su estreno literario, su paso por el periodismo y la enseñanza; otras parecen gracias de estado, propias del historiador: sus opiniones liberales, la dignidad de su persona, su celo laborioso y la elección de ciertos asuntos. Sin embargo hay completa oposición entre los jefes de ambas escuelas. La alianza del espíritu de tradición, del patriotismo y de una especie de imperialismo romano é inglés ó simplemente la fe religiosa y la fe liberal constituyen la unidad de la obra y de la vida de Guizot. Consideremos únicamente entre sus libros aquellos que deben adquirir una incontestable prioridad en la alta literatura.

Los ensayos sobre *la Historia de Francia* son la primera respuesta á la cuestión de: «¿Por qué en Inglaterra se establece sólidamente la libertad política, manteniendo los elementos esenciales de la vieja sociedad inglesa, al paso que en Francia tienen mal éxito las tentativas de libertad política con la destrucción casi completa de la antigua sociedad francesa?» Ahora bien, por sociedad antigua el autor quiere indicar la que garantizaba el orden con el espíritu religioso. La historia de la civilización en Europa y en Francia establece que ha habido tres elementos de transformación en el mundo moderno: las tradiciones romanas y germánicas, y muy principalmente el cristianismo. La revolución de Inglaterra fué escogida á su vez porque ninguna otra podía mostrar

la adaptación posible, en un común espíritu político, del sentimiento de la libertad civil y de la fe religiosa, y porque, poniéndola en relación con nuestra Revolución francesa, ambas le parecían salir del cristianismo y hasta de la iglesia: «ambas (las dos revoluciones) exigieron que las funciones públicas fuesen franqueadas á todos los ciudadanos, distribuidas según el mérito únicamente y que el poder se adjudicase en concurso; es el mérito de la constitución interna de la Iglesia, que no solamente la ha puesto en vigor, sino que la ha proclamado sin rebozo».

*La Historia de Francia contada á mis nietos*, escrita en parte durante la catástrofe de 1870-1871 ó después de ella, se halla impregnada en una patriótica confianza en los destinos de Francia, misionera evangélica y liberal del mundo. Guía su estilo el mismo pensamiento grave. Como los hombres de Port-Royal, con quienes presenta alguna semejanza este gran escritor, Guizot parece haber apagado el brillo de su estilo por conciencia. Al salir de la lectura de Thierry, su estilo parece incoloro. Es frío, autoritario, sentencioso y altanero. Pero es neto, firme, vigoroso, profundo y no deja de tener delicadeza. Es la sobriedad de un lógico, de un protestante, y, si se quiere, de un jansenista. Pero anima una pasión latente este lógica y la solidez majestuosa de sus desarrollos. «Para hallar algo comparable, ha dicho Taine, habría que remontarse á Tucídides ó á Maquiavelo.»

¡Qué de hermosas narraciones se podrían sacar, particularmente de la *Revolución de Inglaterra!* Algunas son ya clásicas. Á todas estas causas debe seguramente Guizot haber fundado una escuela histórica: pero entre ellas hay que atribuir á su patriotismo, el origen y la perpetuidad de su influencia. No fué el filósofo á quien le basta la teoría; aquel grande hombre de Estado sabía que la política no lo es todo en la vida de un pueblo, y se ha cometido un error al decir que, para él, toda la historia de Francia se reducía á 1830 y al «ministerio Guizot». Él también, como Thierry, es el historiador francés aunque con otras facultades y de otro modo. Guizot y Thierry se vieron animados por el mismo ideal, que consistía en recordar y explicar la gloria y la honra de su país y en recordar á Francia su misión universal.

Esto es lo que ha valido á Guizot, tras veinticinco años de retiro, un repentino renuevo de popularidad. Cierta día de 1872, reanudaba su hijo Guillermo su curso en el Colegio de Francia. El gran anciano fué á ocupar un puesto entre el auditorio, como otros lo habían hecho con él sesenta años antes, y á la salida de la lección del hijo, lo más selecto de la juventud estudiosa, vibrante de entusiasmo, acompañó con sus respetos y aclamaciones hasta su carruaje á aquel en quien Francia no veía ya al ministro autoritario de Luis Felipe, sino á una especie de sacerdote augusto de la Musa de la historia, al hombre de virtud antigua,